



EL GENERAL D. TOMAS MORENO.

### CAPITULO TERCERO.

#### PLAN DE AYUTLA.

Don Ignacio Comonfort.—Sus antecedentes, su carácter y opiniones.—Motivos de resentimiento que tenía con el gobierno de Santa-Anna.—Los que tenían Villareal, Alvarez y Moreno.—Entrevista de Comonfort y Alvarez.—Primer pensamiento de un plan.—Marcha Comonfort á la Providencia.—Plan de Ayutla.—Es proclamado por Villareal.—Vuelve Comonfort á Acapulco.—Adóptase allí el plan.—Reformas que en él se hicieron.—Invitaciones á los generales Alvarez y Moreno.—Aceptan.—Marchan al Perogrino.—Proclamas á sus tropas.—Efectos que produjo el plan.—Lo que hizo el gobierno.—Calumnias contra la revolución y sus caudillos.—Proclama de Alvarez sobre la supuesta connivencia con Raousset.—Marchan fuerzas del gobierno contra el Sur.—Fuerzas y recursos del gobierno.—Fuerzas y recursos de la revolución.

CUANDO entraron en el Sur las tropas del gobierno, hallábase en Acapulco el coronel Don Ignacio Comonfort, que habia sido administrador de aquella aduana, y acababa de ser destituido. Hombre de puros antecedentes y de reputacion immaculada, era tambien distinguido por su esmerada educacion, por sus nobles



sentimienos y por su amor á la libertad. Aunque separado hacia tiempo de las contiendas políticas, habia visto con profundo dolor la opresion de su patria; y, ora manifestase abiertamente su odio á la tiranía con la franqueza de las almas nobles, ora se recelase de él por sus antecedentes, el gobierno dictatorial, que no perdía ocasion de ajar á sus enemigos, resolvió destituirle, dejando correr la voz de que la causa de aquella medida era el delito de malaversacion. Herido en lo mas delicado de sus sentimientos, Comonfort aunque contento de no servir á una administracion tiránica, rechazó con nobleza el agravio, y pidió que se le formara el correspondiente proceso para poner en claro su conducta. Los acontecimientos de la revolucion, que se precipitaron, impidieron que llegara oportunamente á Acapulco la respuesta del gobierno á esta demanda; pero aquella respuesta de la cual no tuvo conocimiento el interesado sino mucho mas tarde,<sup>1</sup> forma uno de los títulos de su gloria, no precisamente porque la cifre el hombre honrado en su honradez, sino porque el gobierno de Santa-Anna, negándose á obsequiar las peticiones de Don Ignacio Comonfort,

<sup>1</sup> Véase en el *Apéndice* bajo el Núm. III, la solicitud de Comonfort, á consecuencia de su destitucion, y la respuesta del gobierno. De esta respuesta no tuvo conocimiento el interesado sino despues de concluida la revolucion, y cuando ya se hallaba triunfante en la capital de la República.

diciéndole simplemente que le habia destituido *por traidor y desleal*, y amenazándole con el patíbulo, expresó los verdaderos motivos de su ojeriza y de su venganza; motivos que honrarian siempre á Comonfort como hombre, como ciudadano y como patriota, aunque no hubiera dado tan gloriosa cima á su heroica empresa.

Es digno de notarse que los principales caudillos de la revolucion del Sur, tenían grandes motivos de resentimiento contra el gobierno dictatorial, que los habia ofendido de mil maneras. Se acaba de ver el agravio hecho á Don Ignacio Comonfort: se ha visto tambien la persecucion que el gobierno habia declarado al coronel Villareal; y en cuanto á los generales Alvarez y Moreno, poco debian, en verdad, á un gobierno, que primeramente habia finjido honrarlos por temor que les tenia, y que despues los habia hecho el blanco de sospechas y asechanzas. Harto justa era ya sin esto la empresa que acometian, puesto que se encaminaban á libertar al país de una tiranía ignominiosa; pero teniendo todos ellos ofensas personales que poner en la balanza de la revolucion que los llamaba, la gloria de su patriótica resolucion queda libre de toda mancilla, aun para aquellos que dan la preferencia á las obligaciones privadas del hombre sobre los deberes públicos del ciudadano.



A fines de Febrero, Don Ignacio Comonfort partió de Acapulco á verse con el general Alvarez que se hallaba en Texca. Pintóle con todo el entusiasmo de un hombre libre, resentido además por la reciente injuria, las miserias de la nacion oprimida por tiranos implacables; la ofensa hecha á los hombres buenos del Sur con la entrada de aquellas tropas, que no era sino una invasion de enemigos; la gloria de los que combaten por la libertad y por la honra, y la necesidad de dar principio inmediatamente á una revolucion tan gloriosa y magnífica, cuanto llena de peligros y dificultades. No necesitaba tanto el anciano general para dar el grito de guerra contra la tiranía: dispuesto como estaba á hacerlo, y viendo en el resuelto ánimo de su interlocutor una garantía del triunfo, le prometió reunir al momento sus gentes para la lucha, y dar al levantamiento el prestigio de su nombre y de su aventajada posicion en aquellas comarcas.

Pero Comonfort no era hombre que sacrificase las conveniencias sociales y el decoro de su empresa á los arrebatos del ardor patriótico, ni al ciego entusiasmo que le inspiraba una causa justa; y considerando que el movimiento debía tener una bandera, y que en ella debía estar escrita la ley de la revolucion á que iban á dar principio, manifestó al general Alvarez la necesidad de formar un plan que sirviera de núcleo á

las opiniones de todos los descontentos con la dictadura, que fuera el centro reconocido de los que se sublevaran contra ella, y que explicara terminantemente el motivo y los fines del paso que iban á dar. Tan indispensable consideraba esto Don Ignacio Comonfort, que sin ello no se habria decidido nunca á saltar á la palestra, temeroso de que el país tomara el alzamiento por una rebelion culpable, y á los sublevados por unos bandidos, si antes no manifestaban los motivos de su conducta y los objetos que se proponian, por medio de un documento solemne, que fuese como se ha dicho, la ley de la revolucion.

De acuerdo en este punto ambos personajes, Comonfort propuso marchar personalmente á la Providencia para conferenciar allí con algunos amigos sobre la sustancia y los términos del plan que se debía proclamar. Partió en efecto; y reunido en la hacienda de la Providencia con unas cuantas personas que deseaban tambien sacudir el yugo,<sup>2</sup> despues de una corta discusion, porque el tiempo urgía, se pusieron de acuerdo en los artículos del plan, que fué redactado allí mismo, y proclamado despues en la villa de Ayutla, á 1.<sup>o</sup> de Marzo de 1854.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Eran el general Don Tomás Moreno, el Lic. Don Trinidad Gomez, Don Diego Alvarez y D. Eligio Romero.

<sup>3</sup> Véase en el *Apéndice* bajo el Núm. IV—el plan de Ayutla.



Se ha dicho que la revolucion debió á Don Ignacio Comonfort, hasta la materialidad de haber redactado por sí mismo el plan de Ayutla, en la conferencia que acaba de mencionarse. La historia no tiene necesidad ni obligacion de averiguar estas pequeñeces que nada importan; pero cumple con el primero de sus deberes, consignando el hecho de que Don Ignacio Comonfort tomó una parte principal en la formacion del plan revolucionario, que restituyó á México su libertad perdida; presidiendo de este modo al nacimiento de la revolucion, el hombre que estaba destinado á desempeñar en ella un papel tan importante, y á ser una de las mas bellas figuras del cuadro en que se representaran sus hechos.

El autor del plan y sus compañeros determinaron que fuese el coronel Don Florencio Villareal quien le proclamase, en lo cual obsequiaron gustosamente las indicaciones que les hizo, solicitando la merecida honra de ser él quien primero arrojase el guante á la tiranía, que le habia hecho objeto de tan obstinadas persecuciones. Razones de otra naturaleza aconsejaron tambien esta determinacion, atendida la posicion que Villareal guardaba entonces ante los militares que debian suscribir el nuevo plan político. Proclamóle, pues, el citado coronel como comandante en jefe de las fuerzas reunidas al efecto, dirigiendo en seguida á

los habitantes de Costa Chica una proclama, en la cual les manifestaba los fines que se habia propuesto, y los invitaba á tomar parte en una empresa que tenia por objeto defender la causa de los pueblos oprimidos, sus derechos y su tranquilidad, redimirlos de odiosas é insoportables contribuciones, y librarlos del contingente de sangre que imponia la ley de sorteos. En la misma fecha Villareal dirigió un oficio al comandante principal de Acapulco, acompañándole una copia del plan proclamado, é invitándole á prestar su apoyo al levantamiento.

Al mismo tiempo que se proclamaba en Ayutla el plan revolucionario, Don Ignacio Comonfort tomaba el camino de Acapulco, con el objeto de hacer que se adoptase en aquel puerto, y de disponer todo lo conveniente para las grandes consecuencias que de aquel paso se esperaban. Iba pensando por el camino en el modo de hacer de aquel plan una obra digna de abrir honrosamente la puerta á la nueva época de regeneracion que la República aguardaba; y su ilustrado talento, unido á la pureza de su amor patrio, le sugirió las reformas que habia menester para ello.

Era comandante principal de Acapulco el coronel Don Rafael Solís, quien reunió el dia 11 de Marzo en el castillo de San Diego, á los jefes y oficiales de



aquella guarnicion, así como á varios individuos de tropa permanente, guardia nacional y matrícula de aquel puerto; y habiéndoles manifestado que el objeto de la reunion era resolver lo conveniente sobre la invitacion que habia recibido del coronel Villareal, todos convinieron en adherirse al plan de Ayutla, con las reformas que Don Ignacio Comonfort habia propuesto, levantándose en la misma fecha una acta, que vino á ser el verdadero plan político adoptado por la revolucion hasta su fin.

En los preliminares de la acta de Acapulco se encuentran frases muy honoríficas para Comonfort; y bien se echa de ver todo el respeto que ya desde entonces merecia á los individuos de aquella junta, y todo el aprecio que hacian de sus eminentes cualidades, en la circunstancia de haber solicitado su parecer y su apoyo, y en la resolucion que tomaron de nombrarle aquel mismo dia gobernador de la fortaleza, y comandante principal de la plaza y su demarcacion.

El habia tenido ya tiempo para meditar detenidamente la gravedad de los pasos que se estaban dando, siendo el fruto de sus meditaciones conocer que habia importantes vacíos que llenar en el plan formado precipitadamente en la Providencia, y proclamado con la misma precipitacion en Ayutla, por la urjencia de las

circunstancias. Se propuso, pues, reformarle en los términos que aconsejaba la prudencia, para que produjese los buenos resultados que se deseaban; y las modificaciones que hizo en él, y que constan en la acta de Acapulco, le dejaron tan completo en la forma y en el fondo, cuanto era entonces menester para que sirviese de norma y de bandera á la revolucion empezada.

Tanto en el plan primitivo de Ayutla como en el reformado en Acapulco, estaban consignadas las causas de la revolucion y los fines principales de ella; pero faltaba en el primero la manifestacion explícita de que el objeto del levantamiento, no solo era derrocar la tiranía, sino tambien restituir al pueblo la libertad de constituirse conforme á su gusto y á sus necesidades, sin imponerle condicion alguna, tácita ni espresa, con respecto á la forma de gobierno. Este punto de tanta trascendencia habia quedado algo oscuro en el plan primitivo, y podia dar lugar á dudas peligrosas. Por tal motivo, Comonfort manifestó á la junta de Acapulco, que el plan de Ayutla "necesitaba algunos ligeros cambios, con el objeto de que se mostrara á la nacion con toda claridad, que aquellos de sus buenos hijos que se lanzaban en esta vez los primeros á vindicar sus derechos tan escandalosamente conculcados, no abrigaban ni la mas remota



“ idea de imponer condiciones á la soberana voluntad  
 “ del país, restableciendo por la fuerza de las armas  
 “ el sistema federal, ó restituyendo las cosas al mis-  
 “ mo estado en que se encontraban cuando el plan de  
 “ Jalisco se proclamó; pues todo lo relativo á la forma  
 “ en que definitivamente hubiere de constituirse la  
 “ nacion, deberá sujetarse al congreso que se convo-  
 “ cará con este fin, haciéndolo así notorio muy explí-  
 “ citamente desde ahora.”

Conforme á estas razones, se reformó el plan de Ayutla en Acapulco el día 11 de Marzo de 1854.<sup>4</sup>

El mismo día Comonfort dirigió á sus soldados una proclama, en la cual les explicaba sencillamente la causa y el objeto del movimiento, escitándolos á portarse como dignos defensores de una causa tan justa.<sup>5</sup>

Los generales Don Juan Alvarez y Don Tomás Moreno, que se hallaban en Venta Vieja, correspondieron con entusiasmo á la invitacion que Comonfort les hizo conforme á lo acordado en el plan, y es notable la respuesta que dió el primero con fecha 13 al nuevo gobernador y comandante principal de Acapulco. El

<sup>4</sup> Véase en el *Apéndice* bajo el Núm. V—el plan de Ayutla reformado en Acapulco.

<sup>5</sup> Véase esta proclama en el *Apéndice* bajo el Núm. VI.

viejo soldado del Sur no solo aceptaba el cargo de primer jefe de las tropas pronunciadas contra la tiranía, sino que aseguraba estar pronto á sacrificarlo todo por la libertad de su patria, manifestando que desde entonces las tropas de su mando se llamarían *Ejército restaurador de la libertad*.<sup>6</sup>

El día siguiente marchó al Peregrino, y allí dirigió á sus tropas una proclama donde se descubre que el hielo de la edad no habia apagado el ardor de sus años juveniles, cuando se trataba de combatir por la libertad de la patria.<sup>7</sup>

El general Moreno, nombrado segundo en jefe del *Ejército restaurador de la libertad*, dirigió tambien la palabra á los soldados; y su voz tranquila, como la conciencia del que obra bien, fué un anuncio de que la causa del pueblo debia contar con un feliz resultado, teniendo entre sus defensores á un ciudadano tan digno y á un militar tan pundonoroso.<sup>8</sup>

El plan de Ayutla produjo un efecto mágico en todos los puntos de la nacion adonde pudo llegar. Vióse en él una tabla de salvacion contra la ruina de la

<sup>6</sup> Véase esta comunicacion en el *Apéndice* bajo el Núm. VII.

<sup>7</sup> Véase en el *Apéndice* bajo el Núm. VIII.

<sup>8</sup> Véase su proclama en el *Apéndice* bajo el Núm. IX.



República; y la gran mayoría de los mexicanos que habia aceptado la dictadura como una necesidad de las circunstancias para restablecer el orden, desengañada ya de que este principio no servia sino de pretexto á los mas atroces desafueros, empezó á hacer votos por el triunfo de una empresa que ofrecia al pueblo su libertad, y sus garantías á los ciudadanos.

Adhiriéronse al plan revolucionario todos los pueblos del Sur que pudieron manifestar libremente sus deseos, muchos de la Costa Chica, casi todos los de la Costa Grande, y le secundaron poco despues los del Sur de Michoacan, donde lanzó el primer grito un viejo patriota, que fué tambien la primera víctima inmolada allí á las terribles justicias del gobierno.

Buen cuidado tuvo éste de ocultar la existencia del plan de Ayutla, y con mas empeño disimuló todavía los resultados que habia producido en los pueblos que habian llegado á conocerle. Hasta entonces la dictadura habia explotado sagazmente en su favor la conviccion general de que el origen de todas las desgracias de México habian sido los pronunciamientos y las revoluciones; y el país habia soportado tal vez, en gracia de la paz que tanto deseaba, los primeros desmanes del poder absoluto. Pero cuando éstos llegaron á su colmo, y al lado de ellos se vió un resquicio de es-

peranza; cuando se vió que no se alcanzaba la paz ni aun á costa de sufrir aquel pesado yugo, el pueblo acogió con alegría el medio que se le presentaba de sacudirle, y la revolucion encontró apoyo en los hombres imparciales que pudieron sustraerse al influjo de las mentiras con que el dictador y sus satélites procuraban engañar á la República.

Ellos se habian estremecido de furor, y tal vez de miedo, al ver cuánto tenian de seductoras, para un país esclavizado, las promesas del plan de Ayutla. Escondieron pues, cuanto les fué posible aquel documento y sus consecuencias, publicando en su lugar las mas atroces calumnias contra los caudillos de la revolucion y sus secuaces, á quienes llamaban bandidos y facinerosos, asegurando á la faz de la nacion, que no tenian ningun plan político.

Entre las falsas especies que entonces se inventaron para desacreditar á la revolucion, fué una la de que el general Alvarez y sus compañeros estaban en connivencia con el conde de Raousset, para facilitarle la entrada en la República, y entregar el territorio nacional á una horda de aventureros. Súpolo á tiempo el caudillo del Sur; y despreciando las otras injurias con que el gobierno pretendia desconceptuar su empresa, pensó que era conveniente desmentir aque-



lla especie vergonzosa, para que no quedase la menor duda de que la causa popular estaba libre de semejante mancha. Hízolo así con nobleza y dignidad, en una proclama dirigida á sus tropas en el Peregrino á 15 de Marzo, denunciándoles la torpeza y villanía de aquella calumnia inventada por el gobierno de México.<sup>9</sup> Más adelante se verá que no le faltaba razón al general Alvarez, para atribuir en esta proclama á sus enemigos el delito de traición con que trataban de afrentarle.

Entretanto, fuerzas considerables del gobierno marchaban con dirección al país pronunciado, habiendo dado orden el general Santa-Anna para que de todos los departamentos limítrofes con el de Guerrero, avanzasen tropas contra los enemigos. El general Don Angel Perez Palacios recientemente nombrado gobernador y comandante general del departamento de Guerrero en lugar de Alvarez, habia recibido orden de situar su cuartel general en Chilpancingo, para cuyo punto habia marchado con otras fuerzas el general Don Miguel Blanco, hermano del ministro de la guerra. El general Don Luis Noriega avanzaba de Oajaca sobre Ometepeec, donde tenia orden de situarse como jefe político y comandante principal de Costa-Chica, con encargo de perseguir á Villareal y de

<sup>9</sup> Véase en el *Apéndice* bajo el Núm. X.

aconsejar en una proclama á los habitantes de aquella demarcacion, que no se adhirieran al pronunciamiento como los de Costa-Grande. Al mismo tiempo marchaba de Morelia para Huetamo el coronel Don Francisco Cosío Bahamonde, que llevaba el encargo de observar á los sublevados del Sur desde aquel punto. Y por último, los comandantes generales de los departamentos de México y Puebla, tenían estrechas órdenes para reforzar sus pueblos limítrofes con el de Guerrero, y para vigilar cuidadosamente los movimientos de los pronunciados.

Contaba entonces el general Santa-Anna con un ejército de cuarenta mil hombres; con los mejores generales de la República, que le eran adictos; con todos los recursos que tiene un gobierno, poco escrupuloso en materia de impuestos; con los millones que habia de valerle el tratado de la Mesilla; con el desconcepto que pesaba sobre la revolucion, hijo del poco fruto de las revoluciones pasadas; con el terror que habian difundido por todas partes las persecuciones de la dictadura; con la ausencia de los hombres libres que gemian en el destierro, y con el desaliento de los otros que aunque permaneciesen en sus hogares, andaban acobardados por las apariencias de aceptación general que habia tenido aquel orden de cosas.



Contra toda esta suma de poder y de fuerza, la revolucion solo podia oponer un puñado de hombres mal alimentados y peor vestidos; un plan político que contenia promesas lisonjeras, pero promesas iguales á otras muchas que se habian hecho siempre, y que nunca se habian cumplido; los votos secretos pero estériles de los amigos de la libertad; las breñas inaccesibles del Sur, y el heróico esfuerzo de los caudillos que se habian arrojado á la palestra.

A la vista de tan mezquinos elementos, y cuando se acercaba el instante de verse frente á frente el gobierno y la revolucion en lucha tan desigual, fué preciso tener mucha fé en el porvenir, para no presagiar un funesto resultado á la comenzada empresa.